

EL ZAR SALTÁN

2º-3º

Érase una vez tres doncellas que hablaban de sus sueños mientras hilaban al atardecer junto a la ventana:

—Si fuera zarina —decía una de las doncellas—, prepararía un gran pastel para todo el mundo.

—Si yo fuera la zarina —replicaba su hermana—, tejería para todos un tapiz.

—¡Pues si yo fuera la mujer del zar —exclamó la tercera—, le daría un hijo, un bogatir!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, sonó ligeramente la puerta y el zar, el soberano de aquellas tierras, entró en la habitación iluminada. Durante toda la conversación había permanecido detrás de la cerca, y lo que dijo la tercera de las doncellas fue lo que más le gustó.

—¡Te saludo, hermosa doncella! —dijo—. Te invito a que seas la zarina y que me des un hijo para finales de septiembre. Y vosotras, queridas hermanitas, salid también de esta casa. Venid conmigo, seguidnos a mí y a vuestra hermana: una de vosotras será la tejedora, y la otra la cocinera.

El zar salió al zaguán y las tres muchachas le siguieron. No tardó mucho el zar en disponerlo todo: aquella misma tarde se casó. Se celebró un gran banquete de honor para el zar y la zarina, tras el cual los honorables invitados dejaron a la joven pareja, que se alojó en una alcoba con una cama de marfil.

La cocinera, furiosa en su cocina, y la tejedora, llorando junto al telar, envidiaron a la esposa del monarca.

La joven zarina no aplazó su promesa, y en aquella primera noche quedó encinta.

Se declaró entonces una guerra, y el zar Saltán tuvo que partir. Cuando se despidió de su esposa, montado en su excelente caballo, le pidió que se cuidara por su amor.

Estando el zar en tierras lejanas, mientras se batía duramente en la batalla, nació su hijo. Dios le concedió un bebé del tamaño de una arshina. La zarina lo cuidaba con la misma ternura que tiene el águila hacia sus aguiluchos. Así, quiso ella comunicar la buena nueva al padre mediante un mensajero, para que se alegrara. Pero la tejedora y la cocinera, envidiosas, compinchadas con la suegra, la Baba Babarija, que no querían sino atormentarla, ordenaron al mensajero que desviara su camino y mandaron ellas mismas a otro, con el siguiente mensaje: *«La zarina dio a luz por la noche. No es un niño, tampoco una niña, ni siquiera un ratoncillo o una rana, sino un extraño monstruito»*.

En cuanto el zar padre escuchó las noticias que le transmitía el mensajero, montó en cólera y se puso como loco, queriendo incluso colgar al pobre mensajero. Sin embargo, se compadeció y le ordenó que llevara una carta que decía: *«Esperad hasta mi regreso para que el zar decida lo que se ha de hacer»*.

El mensajero recorrió el camino de vuelta con la carta y por fin llegó a la corte. Pero la tejedora y la cocinera, con la suegra, la Baba Babarija, lo alcanzaron y consiguieron emborracharlo. Entonces, metieron en su bolsa vacía otra carta, y aquel mismo día el mensajero llevó un mandato del zar que decía: *«El zar ordena a sus boyardos que no pierdan el tiempo en vano y arrojen en secreto a la zarina y a su cría al fondo del mar»*.

Los boyardos, sin atreverse a hacer nada, pues sentían pena por su soberana y por el infante, se reunieron en los aposentos de la zarina. Le comunicaron cuál era la voluntad del zar y el cruel destino que les esperaba a ella y a su hijo. Leyeron en voz alta la orden del zar y después metieron a la zarina y al niño en un barril. Le dieron brea y, haciéndolo rodar, lo arrojaron al océano, pues así lo había ordenado el zar Saltán.

En el cielo azul oscuro brillaban las estrellas, rompían las olas en el mar azul, las nubes surcaban el aire y el barril navegaba entre las aguas. La zarina lloraba como una viuda desconsolada y, mientras, el pequeño crecía allí dentro; pero no crecía día a día, sino por horas. Pasó un día y la zarina no dejaba de gemir..., pero el muchacho dirigió su voz a una ola:

—Tú, ola, mi querida ola, eres ágil y libre, salpicas con tus aguas las tierras que deseas, das forma a las rocas y a las grutas marinas, sumerges la tierra en la orilla, alzas con tu fuerza los buques... No atormentes nuestro ánimo y transpórtanos hasta tierra firme.

La ola escuchó su súplica, empujó suavemente el barril y al volver lo depositó en la orilla con gran delicadeza.

La madre y el joven estaban salvados. Ella sintió cómo tocaban tierra firme. Pero ¿cómo saldrían ahora del barril? ¿Sería cierto que Dios los había abandonado? Entonces el muchacho empujó la tapa del barril, poniendo los pies en el fondo y estirándose.

—La abriré como si se tratara de una ventanita —exclamó.

El muchacho empujó hasta que la tapa saltó y pudieron salir. La zarina y su hijo, ya en libertad, vieron un cerro sobre un extenso campo, rodeado de mar azul. En el centro había un roble verde.

—Ahora lo que necesitamos es encontrar algo que comer —pensó el muchacho.

Rompió una rama del roble y, curvándola, formó un arco. Ató en los extremos el cordón de seda de su cruz y lo tensó. Después partió una rama fina para hacer una flecha ligera y se dirigió al otro extremo del valle, junto al mar, para buscar algún ave que comer.

Apenas se hubo acercado a la orilla, escuchó un gemido... Miró hacia el mar: no estaba en calma. Un cisne aleteaba violentamente entre la marea, defendiéndose de los ataques de un halcón. La pobre criatura chapoteaba en el agua, que se enturbiaba con aquel movimiento enfurecido...

Cuando el halcón soltó por fin sus garras, dejó un rastro de sangre. Pero enseguida el zarevich disparó su flecha, alcanzándolo en la garganta. La sangre del halcón tiñó el mar. Después, el zarevich soltó el arco y vio el cuerpo del halcón que flotaba en las aguas sin un solo graznido. El cisne nadó hacia el malvado animal y, a picotazos, terminó de rematarlo. Después lo golpeó con el ala hasta que se hundió en el fondo.

Cuando todo hubo terminado se dirigió al zarevich en lengua rusa:

—¡Tú, zarevich, eres mi salvador, mi fuerte paladín! No te aflijas. Por salvarme pasarán tres días sin que podáis comer, pues la flecha se ha hundido en el mar. Sin embargo, la pena dejará de ser pena. Te recompensaré con toda clase de bienes y te serviré siempre, pues has de saber que no has salvado a un cisne, sino a una doncella, y tampoco has matado a un simple halcón, sino a un hechicero. Jamás en la vida te olvidaré. Siempre que me necesites me encontrarás. Pero ahora debes regresar. No te preocupes y vete a dormir.

El cisne se fue volando. El joven zarevich y la zarina pasaron así el día y se acostaron sin haber probado bocado.

Transcurrieron los tres días con sus tres noches y a la mañana del cuarto día, al despertarse, el zarevich pudo admirar lo que había aparecido durante la noche. Le parecía estar soñando al contemplar ante sí una hermosa ciudad amurallada, con paredes almenadas. Tras los blancos muros brillaban las cúpulas de las iglesias y los santos monasterios.

Fue corriendo hasta su madre para despertarla y ella le preguntó suspirando:

—¿Qué pasa, hijo mío?

—Madre, el cisne ha cumplido su palabra —dijo.

La madre y el hijo fueron hacia la ciudad. Entraron en ella y los recibió un clamor de pífanos y trompetas. Por doquier salía la multitud a su encuentro, aclamándolos. El coro entonaba cantos de alabanza a Dios. Después los llevaron en unas carretas doradas hasta la lujosa entrada del palacio. Allí coronaron al zarevich con las insignias de príncipe y le proclamaron su soberano. Aquel mismo día comenzó a gobernar, con la bendición de la zarina, tomando el nombre de príncipe Guidon.

Un día, transportado por la brisa y las olas del mar, un barco se acercó a la isla. Con las velas izadas, navegaba veloz. Los navegantes se quedaron fascinados y se agruparon en la cubierta del barco, pues vieron que aquella isla, que creían desierta, se había convertido milagrosamente en una verdadera ciudad, con ricas cúpulas doradas y un gran muelle para los barcos. Los cañones los recibieron con salvas desde el puerto en señal de bienvenida. El barco tocó puerto y el príncipe Guidon invitó a los navegantes a entrar en su ciudad. Los agasajó con una abundante cena y, tras brindar con ellos, les preguntó:

—¿Con qué clase de artículos comerciáis? ¿Adónde se dirige vuestro barco?

—Hemos recorrido el mundo entero. Comerciamos con pieles de marta cibelina y zorro plateado, y ahora que ya ha llegado el momento de regresar, nos dirigimos hacia oriente, a la isla de Buyán, a la corte del zar Saltán... —contestó el capitán.

—Os deseo una buena travesía por el mar y por el océano, hasta la corte del famoso zar Saltán, a quien os pido que saludéis en mi nombre —les dijo el príncipe.

Los invitados se pusieron en camino y el príncipe Guidon los despidió desde la orilla con el alma afligida. Continuó mirando desde la costa hasta que se perdieron en la lejanía. Al levantar la vista, vio cómo nadaba frente a él, sobre la corriente marina, el blanco cisne.

—Saludos, mi bienamado príncipe. ¿Por qué estás tan callado? ¿Has tenido un mal día? ¿Qué es lo que te aflige? —le preguntó.

El príncipe le contestó con melancolía:

—El anhelo que siento en mi pecho se está adueñando de mi juventud: me gustaría ver a mi padre.

—No te aflijas, mi querido príncipe —le dijo el cisne—. Escucha: ¿te gustaría ir volando por el mar detrás del barco? ¡Te transformaré en un mosquito!

El cisne agitó sus alas, salpicándolo desde la cabeza a los pies. El príncipe se convirtió al punto en un mosquito.

Con su nueva forma, comenzó a zumbear y voló hasta alcanzar la embarcación. Descendió despacito hacia el barco y se escondió en una hendidura.

El viento empujaba alegremente la nave y esta llegó enseguida hasta la isla de Buyán, a la corte del zar Saltán. Ya se podía divisar aquel añorado país. Los visitantes descendieron en la orilla y el zar Saltán los invitó a entrar en palacio. Con ellos entró volando nuestro héroe.

Allí pudo ver al zar Saltán sentado en su trono, en una resplandeciente sala dorada. En su cabeza llevaba una corona, pero su rostro estaba invadido por la tristeza. Junto a él permanecían la tejedora, la cocinera y la suegra, la Baba Babarija, que lo miraban fijamente.

El zar Saltán hizo pasar a sus invitados, los invitó a sentarse a la mesa y les preguntó sobre su viaje:

—¡Oh, señores, mis invitados! ¿Lleváis mucho tiempo navegando? ¿Adónde os dirigís? ¿Hay armonía por los mares o no? ¿Habéis visto algún prodigio digno de mención?

—Hemos recorrido el mundo entero —le contestó el capitán—. En el mar, la vida no es mala, y respecto a lo que me preguntáis sobre prodigios, realmente hemos visto uno: había en medio del mar una isla escarpada en la que la vida era imposible, pues estaba vacía y sus tierras eran baldías. La única vegetación que crecía allí era un verde roble. Sin embargo, ahora, una hermosa ciudad se levanta en esta isla, con un palacio e iglesias de cúpulas doradas, con torres y jardines... La gobierna el príncipe Guidon, que te envía un sincero saludo.

El zar Saltán, admirado por tal prodigio, exclamó:

—¡Por mi vida que tengo que ir a aquella isla y visitar al príncipe Guidon!

Pero la tejedora y la cocinera, junto con la suegra, la Baba Babarija, no querían que el zar saliera a visitar la prodigiosa isla.

—Es verdad que es algo insólito —dijo la cocinera guiñando el ojo maliciosamente a las demás—, una ciudad en medio del mar. Pero hay algo más sorprendente aún. Existe en un bosque un abeto, y bajo el abeto una ardilla entona bellos cantos mientras parte avellanas. Estas avellanas no son corrientes, pues la cáscara es de oro y dentro tienen esmeraldas. Esto sí que es digno de mención. El zar Saltán quedó maravillado tras oír el relato. Pero el mosquito se puso muy, muy furioso, y fue directo a picar el ojo derecho de su tía. La cocinera entonces se puso pálida. Se moría de dolor y comenzó a dar alaridos. Los sirvientes, la suegra y su hermana intentaron atrapar al mosquito entre gran algarabía:

—¡Requetemaldito insecto!... ¡Te cogeremos!...

Pero él, rápidamente y con agilidad, se escapó por la ventana y voló por el mar hasta su reino.

El príncipe se fue de nuevo a la playa y, sin apartar la mirada del mar azul, vio cómo se acercaba el cisne blanco, nadando entre las olas con un elegante movimiento.

—¡Te saludo, mi bienamado príncipe! ¿Por qué estás tan silencioso? ¿Acaso tuviste un mal día? ¿Por qué te afliges? —le preguntó.

—Me consume la pena —le respondió el príncipe Guidon—. Me gustaría que me trajeras algo maravilloso. Existe en algún lugar un bosque, y en él un abeto bajo el cual vive una ardilla. Realmente es un prodigio, pues la ardilla canta dulcemente mientras casca avellanas. Estas son también especiales: tienen la cáscara de oro y por dentro tienen esmeraldas puras; aunque tal vez sean habladoras de la gente.

—Te han contado algo que es cierto —le contestó el cisne—. Yo conozco esta maravilla. Con tal de que no estés triste, mi querido príncipe, te serviré contenta y te demostraré toda mi amistad.

El príncipe, animado, se fue a casa, y apenas entró en el gran patio..., ¿qué es lo que vio?: bajo un hermoso abeto había una graciosa ardilla, que partía avellanas delante de todo el mundo. Sacaba de su interior un fruto de esmeralda e iba reuniendo las cáscaras, formando así dos montones iguales. Al mismo tiempo cantaba, deleitando a sus espectadores:

En el jardín, en el huerto...

El príncipe Guidon quedó maravillado:

—¡Gracias! —susurró—. ¡Oh, cisne, que Dios te bendiga por haberme dado esta alegría!

Guidon decidió construir una casita de cristal para la pequeña ardilla y poner junto a ella una guardia. También la acompañaría un escribiente, que llevaría la cuenta exacta de las avellanas y del peso: beneficio para el príncipe y honor para la ardilla.

Un día apareció otro barco, empujado por la brisa del mar. Navegando sobre las olas, con las velas desplegadas, llegó hasta la isla de rocas escarpadas, donde se alzaba la ciudad encantada. Enseguida, los cañones saludaron con salvas. Se ordenó que atracaran en el muelle y el príncipe Guidon los invitó a su ciudadela, dándoles abundante comida y bebida. Una vez que hubieron terminado, les preguntó:

—¿Qué clase de artículos lleváis? ¿Hacia dónde navegáis?

—Hemos ido por todo el mundo —le contestó el capitán—. Nos dedicamos al comercio de caballos y también intercambiamos pieles de potro del Don. Pero ahora ha llegado el momento de embarcar. Debemos partir, ya que nos espera un largo camino: vamos hacia la isla de Buyán, a la corte del zar Saltán...

—Os deseo un feliz viaje —les dijo entonces el príncipe—, por el mar y por el océano, hacia la corte del zar Saltán. Os suplico que le transmitáis al famoso zar mi más sincero saludo.

Los huéspedes se despidieron del príncipe con una reverencia y salieron para emprender su viaje. Guidon se fue a la orilla, donde encontró al cisne entre las olas.

—Mi alma suspira y se impacienta —murmuró el príncipe—. Me gustaría ver a mi padre.

Entonces, el cisne volvió a rociarlo con agua y lo convirtió esta vez en una mosca, que salió volando, descendió entre el mar y el cielo hasta alcanzar el barco, y se coló en una rendija.

El barco, empujado por una agradable brisa, llegó enseguida a la isla de Buyán, a la corte del famoso zar Saltán. El país tan añorado pronto se divisó en la lejanía. Cuando los navegantes llegaron a la orilla, el zar Saltán los invitó a su palacio y, con ellos, entró volando nuestro audaz amigo.

Vio la corte del zar, brillante, recubierta de oro. El zar Saltán estaba sentado en su trono y llevaba la corona sobre su cabeza, pero su rostro estaba triste y pensativo. Junto a él estaban la tejedora, con Baba Babarija, y la tuerta cocinera que tenía la mirada de sapo.

El zar Saltán acogió a sus huéspedes y los invitó a su mesa. Después les preguntó:

—Y vosotros, señores, ¿lleváis mucho tiempo viajando? ¿Adónde se dirige vuestro barco? ¿Es agradable navegar o, por el contrario, hay peligros en el mar? ¿Habéis contemplado algún hecho interesante por el mundo?

—Hemos visitado lejanas tierras —contestó el capitán—. La vida por el mar es bastante tranquila y, realmente, se ven prodigios. Existe una isla en medio del mar, con iglesias de cúpulas doradas, torres y jardines. Frente al palacio crece un abeto y, bajo sus ramas, hay una casita de cristal, en la

que vive una ardilla domesticada que divierte a todo el mundo. Entona cancioncillas y, mientras tanto, no deja de partir avellanas. No son simples avellanas: tienen la cáscara de oro y por dentro el fruto es de esmeralda. La guardia cuida de ella, la sirven varios criados y un escribiente se encarga de hacer el recuento exacto de las avellanas y de su peso. Las tropas le rinden honores. De las cáscaras, acuñan monedas que salen a otras partes del mundo. Las muchachas se adornan con las esmeraldas y también las guardan. Todos en aquella isla son ricos, no existe la miseria. Todas las viviendas son palacios. La gobierna el príncipe Guidon, que nos ha pedido que te presentemos sus respetos en su nombre.

El zar Saltán quedó asombrado con el relato:

—¡Si Dios me da vida, me gustaría visitar aquella asombrosa isla donde reina Guidon!

Pero la tejedora y la cocinera, con la suegra, la Baba Babarija, no querían que se fuera a visitar la isla milagrosa.

Y, así, la tejedora se dirigió al zar con una sonrisa maliciosa:

—¿Qué tiene eso de sorprendente, eh? ¿Una ardilla que parte piedras, tira el oro y amontona esmeraldas? No nos asombras con eso. Será cierto si lo dicen, pero existe algo que es aún más fantástico. Existe un lugar donde el mar se levanta como en una borrasca. Comienza a bullir, provocando un majestuoso sonido. Las olas se lanzan sobre la solitaria orilla y derraman su agua en ella con estrépito hasta que aparecen en la costa, como una montaña de fuego, treinta y tres bogatires con relucientes armaduras de escamas irisadas. Son unos caballeros apuestos, fuertes y valientes, todos ellos iguales como gotas de agua, y al frente de ellos está Chernomor. Esto sí que es un verdadero prodigio. Puedo afirmarlo sin temor a confundirme.

Los invitados permanecieron en silencio, prudentemente, sin tratar de rebatirla. El zar Saltán se quedó impresionado por el relato de aquel prodigio, pero la ira de Guidon aumentaba cada vez más. Se puso a zumbar y, súbitamente, picó en el ojo izquierdo a su tía.

La tejedora se puso pálida:

—¡Ay, ay...! ¡Me he quedado tuerta! —no dejaba de gritar—. ¡Te atraparé, te atraparé. Ya verás cuando te coja..., maldito! ¡Espera y verás!

Pero el príncipe, vuela que te volarás, llegó a su feudo a través del mar.

De nuevo Guidon se sentó junto a la orilla del mar, sin apartar su mirada de las olas, y volvió a ver al blanco cisne, que se acercaba nadando sobre el agua con un elegante movimiento.

—Mis respetos, bienamado príncipe. ¿Qué te ocurre? ¿Qué es lo que tanto te aflige? ¿Tuviste un mal día? —le preguntó.

—Me consume la tristeza —le contestó el príncipe Guidon—. Querría que trajeras a mi reino un maravilloso prodigio.

—¿De qué prodigio se trata?

—Existe algún lugar en el que el océano se agita como en una tormenta, y con un ruido grandioso baña la solitaria orilla, salpicándola con sus enormes olas. Tras ello, aparecen en la costa treinta y tres bogatires, cuyas armaduras resplandecen como el fuego. Son todos ellos caballeros apuestos, fuertes y valientes, iguales como gotas de agua. Los dirige su señor, Chernomor.

—¿Es eso lo que enturbia tu pensamiento? —le contestó el cisne—. No te aflijas, alma mía. Yo conozco este prodigio: son los paladines del mar, y para mí son como hermanos. Así pues, no te apenes, que pronto recibirás su visita.

El príncipe se fue entonces con el ánimo más alegre y subió hasta la torre a contemplar el océano. De pronto, el agua se agitó alrededor de la isla. Grandes olas bañaron la orilla con un gran estruendo, y quedaron en la costa treinta y tres bogatires, con armaduras brillantes de escamas, resplandecientes como el fuego. Iban los paladines de dos en dos, y delante de ellos, su señor, con el cabello plateado y reluciente, que los conducía a la ciudad. El príncipe Guidon bajó corriendo desde la torre para dar la bienvenida a sus queridos invitados. La multitud salió apresuradamente de sus casas.

—Nos envía el cisne blanco —se dirigió Chernomor al príncipe—, y nos encargó que cuidáramos de tu gloriosa ciudad, siendo sus guardias permanentes. Desde ahora estaremos siempre junto a los altos muros de tu reino. Todos juntos lo vigilaremos sin descanso y saldremos desde las profundidades si lo necesitas. Pero ahora ha llegado el momento de volver al mar, pues el aire de la tierra nos ahoga.

Pasaron los días y un barco con las velas izadas apareció en el horizonte. Transportado por la brisa se acercó a la maravillosa isla y su ciudad. Los cañones lo recibieron con salvas como señal de bienvenida. Mandaron guiar el barco hasta el puerto y lo amarraron.

El príncipe Guidon invitó a los navegantes a su palacio y los agasajó con abundante comida y bebida, tras lo cual les preguntó:

—¿Con qué clase de mercancías comerciáis? ¿Hacia dónde navegáis ahora?

—Hemos recorrido el mundo entero —le contestó el capitán—. Comerciamos con acero de Damasco, plata y oro puro. Pero ahora ha llegado el momento de regresar, pues la travesía será larga. Vamos a la isla de Buyán, a la corte del glorioso zar Saltán.

—Os deseo un buen viaje, señores —les dijo el príncipe—, por el mar y por el océano, hasta el reino del glorioso zar Saltán. Os ruego que le digáis que el príncipe Guidon le envía sus parabienes.

Los huéspedes se despidieron de él y partieron mar adentro. El príncipe se quedó en la orilla y pronto el cisne, transportado por las olas, se acercó a él.

—La melancolía me oprime el corazón —se quejó otra vez el príncipe—. Siento añoranza y quisiera volver a ver a mi padre.

Así, el cisne, levantando sus alas, le volvió a rociar completamente, y al instante le hizo pequeñito, convirtiéndole en un abejorro. Así transformado, el príncipe salió volando hacia el mar y, con un escandaloso zumbido, alcanzó el barco, deslizándose en una rendija para esconderse.

Soplaba el viento, y así pronto llegó el barco hasta la isla de Buyán, a la corte del zar Saltán. El añorado país ya se divisaba en lontananza. Los navegantes desembarcaron y el zar Saltán los hizo entrar en su palacio. Nuestro audaz muchacho voló detrás de ellos y entró en la hermosa sala resplandeciente de oro.

El zar Saltán estaba sentado en su trono y llevaba la corona sobre su cabeza, pero su semblante seguía triste. La tejedora y la cocinera, con la suegra, la Baba Babarija, sentadas alrededor del zar, le miraban las tres con cuatro ojos.

El zar invitó a su mesa a los huéspedes y les preguntó:

—¡Oh, señores! ¿Lleváis mucho tiempo navegando por los mares? ¿Adónde vais? ¿Es placentera la vida en el océano o, por el contrario, es cansada? ¿Qué prodigios nos podéis relatar?

—Nuestro barco ha recorrido muchos mares ya —le contestó el capitán— y, en efecto, la vida es placentera en el mar. Vimos un prodigio singular: existe una isla en medio del mar en la cual se levanta una hermosa ciudad. Allí se repite cada día algo sorprendente. Se agita el mar como si de una tormenta se tratase, hierve con un gran alarido y corren las olas hacia la costa solitaria, hasta que emergen de las aguas treinta y tres bogatires con armaduras de escamas que relucen como el oro. Son todos ellos apuestos caballeros, fuertes y valientes, iguales unos a otros como gotas de agua. Con ellos sale el anciano señor Chernomor, jefe de esta insólita guardia que protege la isla. No existen en el mundo centinelas más firmes, audaces y fieles. Allí reina el príncipe Guidon, que te envía su saludo.

El zar Saltán quedó sorprendido tras oír aquel prodigio.

—Si Dios me da vida, visitaré aquella isla y a su príncipe.

Esta vez, la cocinera y la tejedora no pronunciaron palabra. Fue la Baba Babarija la que, con una sonrisa mordaz, dijo:

—¿Nos va a sorprender tal cosa? ¡Gente que sale del mar y hace la guardia en la isla! Puede que sea cierto, puede que sea mentira... No me parece un prodigio. ¿Acaso no existen en el mundo otras maravillas más sorprendentes aún?... Dicen, y es verdad, que allende los mares vive una princesa cuya belleza es tal que no se puede apartar la mirada de ella. Su hermosura eclipsa la luz del día e ilumina la tierra en la noche. Entre sus trenzas lleva una luna y en su frente brilla una estrella. Es una doncella preciosa, sus movimientos tienen la elegancia de un cisne, y su voz es dulce y susurrante. Se puede decir con franqueza que esto es realmente un milagro.

Los invitados callaron prudentes, pues no querían discutir con Baba.

El zar Saltán quedó admirado; pero el zarevich se enfadó sobremanera. Se fue derecho a su vieja abuela: revoloteó y dio vueltas a su alrededor hasta posarse justo en la nariz y allí le dio un gran picotazo. Se volvió a armar un gran revuelo.

—¡Que Dios me asista! ¡Socorro! ¡Cogedle, cogedle...! ¡Ya verás. Verás cuando te atrape... Espera y verás!

Pero el abejorro consiguió escaparse por una ventanita y, poco a poco, voló a través del mar hasta su feudo.

El príncipe se sentó en la playa, dejando la mirada fija en el azul del mar. El cisne blanco llegó nadando:

—¡Mis respetos, bienamado príncipe! —le saludó—. ¿Qué te pasa? ¿Cómo es que estás tan callado? ¿Acaso tuviste un mal día? ¿Qué es lo que te aflige?

—La tristeza me vuelve a atrapar —le contestó el príncipe Guidon—. Observo que los jóvenes se casan y por eso a mí también me gustaría compartir mi vida con una esposa.

—Y ¿en quién piensas para que se convierta en tu esposa?

—Dicen que en el mundo existe una princesa cuya belleza es tal que resulta imposible dejarla de admirar. Su hermosura eclipsa la luz del día e ilumina las noches. La luna brilla bajo sus trenzas y en su frente resplandece una estrella. Su caminar es elegante, se asemejan sus movimientos a los de un cisne. El susurro de su voz es dulce y armonioso. ¿Es cierto que pueda existir alguien así?

El príncipe aguardó la respuesta con inquietud.

Después de permanecer en silencio meditando, el cisne exclamó:

—Sí, existe esta doncella de la que me hablas. Pero una mujer no es como un guante que se abandona al quitárselo de la blanca mano, ni tampoco es un cinturón que se desprende. Te daré un consejo. Escucha: reflexiona sobre todo esto, no vaya a ser que luego te arrepientas. Entonces, el príncipe le prometió que quería casarse, pues le había llegado el momento. Estaba seguro porque había pensado sobre ello durante todo el camino de vuelta. Se había enamorado de aquella preciosa princesa con todo su corazón y estaba dispuesto a ir a buscarla hasta el otro confín del mundo.

Al oír estas palabras, el cisne suspiró profundamente y susurró:

—¿Por qué tan lejos, mi bienamado príncipe? Tu destino está mucho más cerca, ya que yo soy esa princesa.

El cisne voló sobre las olas y se ocultó en la playa bajo un arbusto. Después agitó las alas, se sacudió y tomó forma humana: allí estaba la más encantadora princesa que pueda imaginarse. Entre sus trenzas lucía la luna y en su frente brillaba una estrella. Su andar era majestuoso como el de un cisne, y al oírla hablar, un dulce susurro acariciaba los oídos.

El príncipe la abrazó y se estrechó contra su blanco pecho. Después corrió, con ella de la mano, para que la viera su amada madre. Se arrodilló ante ella y dijo:

—Querida madre y soberana: he elegido una mujer para mí y una obediente hija para ti. Los dos te pedimos que nos des tu bendición y tu permiso. Pronuncia tus palabras de bendición para tus hijos, para que vivan en amor y armonía.

La zarina se acercó al sagrado icono y se inclinó humildemente ante él. Lloró de alegría diciendo:

—¡Que Dios os guarde, hijos míos!

El príncipe no tardó mucho en disponerlo todo para la boda. Se casó con la princesa y comenzaron así una vida dichosa.

Pronto esperaban su primer hijo.

Un día, otro barco, que navegaba sobre las olas con las velas desplegadas, fue empujado por la fuerza del viento a la escarpada isla donde se alzaba la maravillosa ciudad. Los cañones lo recibieron con salvas y se ordenó anclar el barco en el puerto.

El príncipe Guidon acogió a los viajeros, invitándolos a comer y beber.

—¿Qué clase de mercancías lleváis? ¿Adónde os dirigís? —les preguntó.

—Hemos recorrido el mundo entero —le respondió el capitán—. Intercambiamos mercancías exóticas y ahora nos dirigimos al hogar. El camino es largo hasta la isla de Buyán, hasta la corte del zar Saltán.

—Os deseo un feliz viaje, señores, por el mar y por el océano —les dijo Guidon—, y os ruego que le mandéis mi saludo al zar Saltán. Recordadle a su majestad que prometió venir a visitarme y hasta ahora no lo ha hecho.

Los invitados emprendieron el camino de regreso, y esta vez el príncipe Guidon se quedó en palacio con su mujer, sin separarse de ella.

La brisa del mar soplaba alegremente y el barco llegó así hasta la isla de Buyán, al reino del glorioso zar Saltán. El famoso país ya se divisaba a lo lejos.

Los recién llegados desembarcaron en la orilla y el zar Saltán los invitó a su palacio. Los invitados vieron cómo el zar estaba sentado en su trono, con su corona. La tejedora, la cocinera y la suegra, la Baba Babarija, se sentaban a su alrededor, mirándole las tres con los cuatro ojos.

Después de convidarlos a su mesa, el zar les preguntó:

—¡Oh, señores, mis huéspedes! ¿Lleváis mucho tiempo navegando? ¿Adónde os dirigís? ¿Es agradable viajar por el mar, o es peligroso? ¿Qué maravillas habéis encontrado por el mundo?

—Hemos navegado por el norte y por el sur, y, en verdad, la vida es placentera en el mar. Hemos sido testigos, majestad, de una maravilla sin par: hay una isla en mitad del océano y en ella una hermosa ciudad, con iglesias de cúpulas doradas, torres y jardines. Delante del palacio crece un abeto y, bajo sus hojas, hay una casita de cristal en la que vive una graciosa ardilla domesticada. Es un animalito singular, pues mientras entona bonitas canciones no deja de partir avellanas. Las avellanas tienen la cáscara de oro y el fruto de esmeraldas. Una guardia cuida de la ardilla día y noche. En aquella isla existe otro insólito prodigio: el mar se agita sacudiendo sus aguas en un sorprendente aullido. Las enormes olas bañan la orilla vacía y aparecen treinta y tres bogatires cuyas armaduras, con irisaciones de escamas, relucen como el fuego. Son todos ellos apuestos, fuertes y valientes. Se parecen entre sí como gotas de agua. Su jefe y señor es Chernomor. Esta guardia no tiene igual en cuanto a su fuerza, audacia y lealtad... Pero eso no es todo. El príncipe que gobierna la isla está casado con una mujer a la que no se puede dejar de admirar. Su hermosura eclipsa la luz del día y por la noche ilumina la tierra. Lleva una luna entre las trenzas y en su frente brilla una estrella. El príncipe Guidon gobierna la isla con justicia y establece el orden en ella con diligencia. Te envía su más sincero saludo y te reprocha que, habiendo prometido ir a visitarle, no lo hayas hecho aún.

Esta vez el zar no resistió y ordenó que se preparara una flota. La tejedora, la cocinera y la suegra, la Baba Babarija, no querían que se marchara a visitar aquella prodigiosa isla e intentaron retenerle. Pero ahora el zar Saltán no les hizo caso y las obligó a callar enseguida:

—¿Acaso soy un niño o soy el zar? —dijo muy serio—. Esta vez sí que iré.

Y salió de palacio dando un portazo.

El príncipe Guidon miraba el mar en silencio desde la ventana de su palacio. Las aguas estaban tranquilas y en calma. No se veía ningún barco... Poco a poco, en la celeste lejanía, se pudieron divisar los barcos... Allí, en el horizonte, iba la flota del zar Saltán. Guidon al verlo se levantó de un salto y, alzando la voz, gritó:

—¡Mi querida madrecita, mi joven princesa! ¡Mirad, ya viene mi padre!

La flota se acercaba a la isla. El príncipe Guidon ordenó que le trajeran un catalejo y pudo ver al zar en la cubierta. Iban con él la tejedora, la cocinera y la suegra, la Baba Babarija, que estaban asombradas al contemplar aquel exótico país.

Enseguida, los cañones los saludaron con salvas y repicaron las campanas. El príncipe Guidon fue en persona a la playa y allí recibió al zar, y también a la cocinera, la tejedora y la suegra, la Baba Babarija. Condujo al zar hasta la ciudad sin decir nada. Entonces, salieron del mar los treinta y tres bogatires con sus corazas relucientes para que los viera el zar. Todos ellos eran apuestos, valientes y recios, iguales como gotas de agua. A su cabeza iba Chernomor.

El zar entró en palacio y vio en el jardín un gran abeto, bajo el cual cantaba una simpática ardilla. Mientras cantaba, partía avellanas de oro e iba formando montoncitos con las esmeraldas que sacaba de ellas. El palacio brillaba con el oro.

Enseguida, los huéspedes pudieron admirar a la encantadora princesita: una luna brillaba entre sus trenzas y en la frente tenía una estrella. Se movía con la elegancia de un cisne. La princesa condujo al zar hasta su suegra, y él enseguida la reconoció.

Los dos se emocionaron:

—¡Es verdad lo que ven mis ojos! ¡Dios mío, es cierto! —exclamó el zar sintiendo en su alma un gran júbilo.

Llorando de gozo abrazó a la zarina, a su hijo y a la joven.

Los cuatro se sentaron a la mesa para celebrarlo con un gran banquete.

La tejedora, la cocinera y la Baba Babarija, asustadísimas, se escondieron por los rincones.

Tardaron en encontrarlas, pero, por fin, reconocieron su culpa y, llorando amargamente, suplicaron perdón.

El zar estaba tan contento que las perdonó y las dejó volver a casa. Así, pasaron un día entero comiendo y bebiendo, y cuando acabó el festín, el zar y la zarina se marcharon a descansar a la isla de Buyán.

*Yo estuve allí, y bebí tanto aguamiel y cerveza,
que hasta me mojé la cabeza.*

